La esperada continuación de ***El primer día*** de Marc Levy, el autor francés que ha fascinado al mundo.

Planeta

Marc Levy

LA PRIMERA NOCHE

Traducción de Isabel González-Gallarza

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La première nuit*

© Marc Levy / Susanna Lea Associates, 2009
© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2011
© Editorial Planeta, S. A., 2011
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

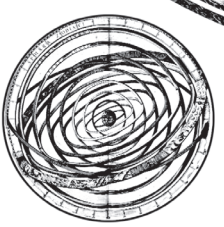
www.marclevy.info

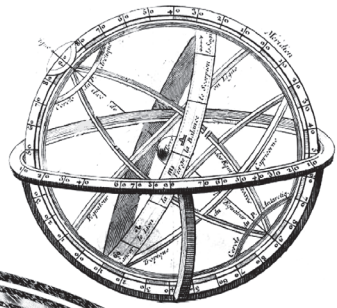
Mapas: Alain Brion

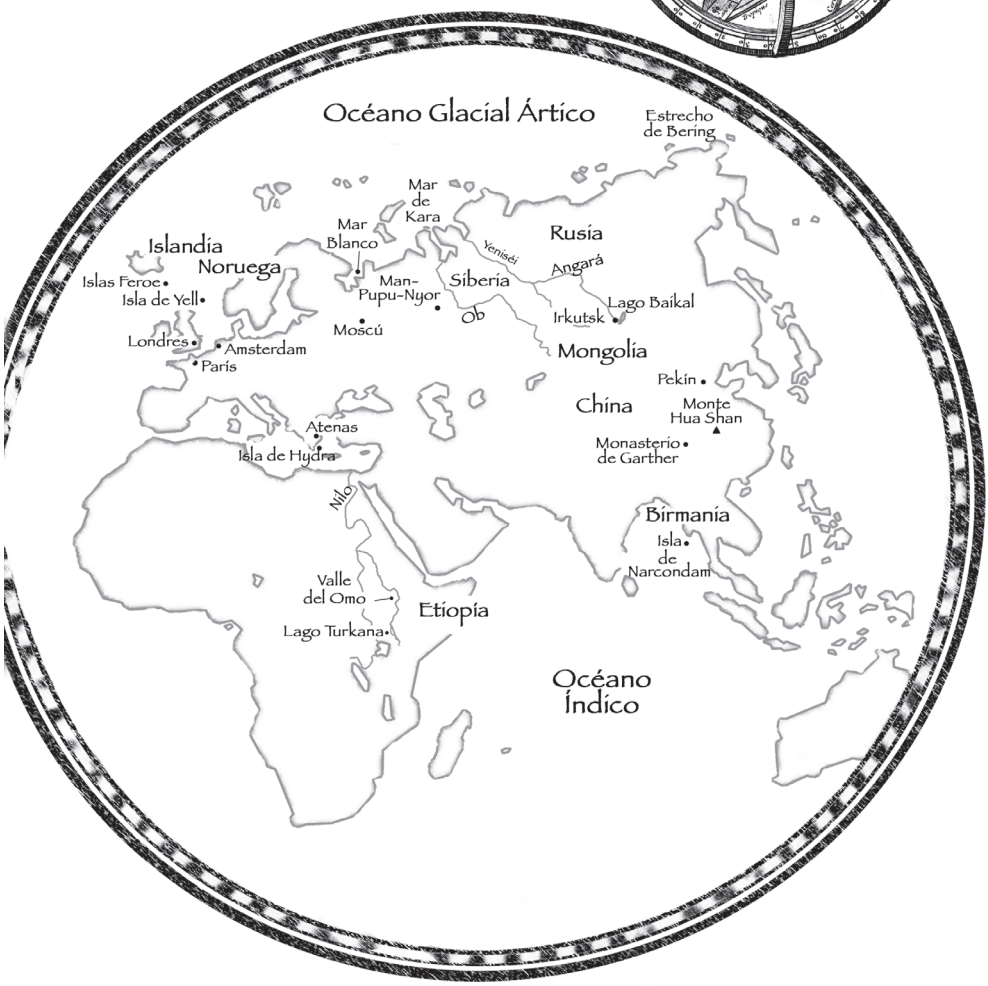
Primera edición: febrero de 2011
Depósito Legal: B. 2.186-2011
ISBN 978-84-08-09891-1
ISBN 978-2-221-11311-0, Éditions Robert Laffont, Susanna Lea Associates, París, edición original
Composición: Anglofort, S. A.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Mar de
Beaufort
Bahía
de Hudson
Bahía
de
Baffin
Groenlandia
Océano
Atlántico
Océano Pacífico
Perú
Amazonas
Fuente del
Amazonas
Atacama
Chile






Océano Glacial Ártico
Estrecho de Bering
Mar de Kara
Mar Blanco
Islandia
Noruega
Islas Feroe
Isla de Yell
Rusia
Yenisei
Angará
Sibería
Man-Pupu-Nyor
Ob
Lago Baikal
Irkutsk
Moscú
Londres
Amsterdam
París
Mongolia
Pekín
China
Monte Hua Shan
Monasterio de Garther
Atenas
Isla de Hydra
Nilo
Birmania
Isla de Narcondam
Valle del Omo
Etiopía
Lago Turkana
Océano Índico

Habitación 307. La primera vez que dormí aquí no presté ninguna atención a la vista. Por aquel entonces era feliz, y la felicidad te vuelve distraído. Estoy sentado a este pequeño escritorio, frente a la ventana, Pekín se extiende ante mí, y nunca en mi vida me había sentido tan perdido. La sola idea de volver la cabeza hacia la cama se me hace insoportable. Tu ausencia se me ha metido dentro como una pequeña muerte que sin cesar horada su camino en mi interior. Tengo un topo en las entrañas. He intentado anestesiarlo esta mañana, en el desayuno, con una generosa ración de *baijiu,* pero ni siquiera el alcohol de arroz puede con él.

Diez horas de avión sin pegar ojo, tengo que dormir un poco antes de ponerme en camino. Unos breves instantes sin conciencia, es todo lo que pido, un momento de abandono en el que no veré desfilar en mi cabeza lo que hemos vivido aquí.

¿Estás aquí?

Me hiciste esta pregunta a través de la puerta del cuarto de baño, hace unos meses. Hoy no oigo más que el chapoteo de un viejo grifo que gotea, el agua rebota contra la loza de un lavabo que conoció tiempos mejores.

Aparto la silla, me pongo la gabardina y salgo del hotel.

Cojo un taxi hasta el parque de Yingshan. Atravieso la rosaleda y tomo por el puente de piedra que cruza un estanque.

Qué feliz estoy de estar aquí.

Yo también lo estaba. Si hubiera sabido hacia qué destino nos precipitábamos, inconscientes, con esa sed que teníamos de descubrimientos... *Si se pudiera detener el tiempo, yo lo pararía justo en ese momento. Si se pudiera volver atrás, allí es donde yo regresaría...*

He vuelto al lugar donde formulé ese deseo, ante este rosal blanco, en un camino del parque de Yingshan. Pero el tiempo no se detuvo.

Entro en la Ciudad Prohibida por la puerta norte y la recorro sin más guía que unos pocos recuerdos tuyos.

Busco un banco de piedra junto a un gran árbol, un escollo singular donde, no hace mucho, se sentó una pareja de chinos muy ancianos. Quizá, si los volviera a ver, me traerían un poco de paz: creí leer en su sonrisa la promesa de un futuro juntos tú y yo; quizá sólo se rieran de la suerte que nos aguardaba.

Al final he dado con el banco, pero estaba vacío. Me he tendido sobre él. Las ramas de un sauce se balancean al viento, y su danza indolente me acuna. Con los ojos cerrados, tu rostro se me aparece, intacto, y me quedo dormido.

Me despierta un policía que me exhorta a abandonar el parque. Está anocheciendo, los visitantes ya no son bienvenidos.

De regreso en el hotel, vuelvo a mi habitación. Las luces de la ciudad se imponen sobre la oscuridad. He quitado la manta de la cama, la he extendido en el suelo y me he arrebujado en ella. Los faros de los coches dibujan extraños motivos en el techo. De qué sirve perder más tiempo, ya no dormiré.

He cogido mi equipaje, he pagado la cuenta del hotel en recepción y he ido al aparcamiento a buscar mi coche.

El navegador me indica la dirección de Xi'an. En los arrabales de las ciudades industriales la noche se desvanece y reaparece en la oscuridad del campo.

Hago una parada en Shijiazhuang para poner gasolina, pero no compro comida. Me habrías tachado de cobarde, no sin razón quizá, pero no tengo hambre, así que para qué arriesgarme.

Cien kilómetros después diviso el pueblecito abandonado en lo alto de una colina. Tomo por el camino lleno de baches, decidido a ir hasta allí para contemplar el amanecer en el valle. Dicen que los lugares conservan la memoria de los instantes que vivieron quienes allí se amaron, quizá sólo sea una locura, pero esta mañana necesito creer en ello.

Recorro las callejuelas fantasma y dejo atrás el abrevadero de la plaza principal. La copa que encontraste entre las ruinas del templo confuciano ha desaparecido. Ya lo predijiste tú, alguien se la habrá llevado para hacer con ella lo que le parezca.

Me siento en una roca al borde del despeñadero y espero a que empiece el día, inmenso; después reemprendo camino.

El tramo a través de Linfen es tan nauseabundo como en nuestro primer viaje; una nube de contaminación acre me quema la garganta. Me saco del bolsillo el trozo de tela con el que nos fabricaste unas mascarillas improvisadas. Estaba entre los efectos personales que me hicieron llegar hasta Grecia desde China; no queda rastro de tu perfume pero, al ponérmelo en la boca, vuelvo a ver cada uno de tus gestos.

Mientras cruzábamos Linfen, te quejaste:

Este olor es infernal...

... pero para ti, cualquier pretexto valía para quejarte. Ahora daría cualquier cosa por oír tus reproches.

Fue cuando pasábamos por aquí cuando te pinchaste en un

dedo al rebuscar en tu equipaje, y así descubriste un micrófono escondido en tu maleta. Aquella noche debí haber tomado la decisión de dar media vuelta; no estábamos preparados para lo que nos esperaba, no éramos aventureros, tan sólo dos simples científicos que se comportaban como chiquillos inconscientes.

La visibilidad sigue siendo igual de mala, por lo que no tengo más remedio que ahuyentar esos pensamientos negros para concentrarme en la carretera.

Recuerdo que, al salir de Linfen, aparqué un instante en la cuneta y me contenté con tirar el micrófono por la ventanilla sin inquietarme por el peligro que representaba. En ese momento sólo me preocupaba que supusiera una intrusión en nuestra intimidad. Fue entonces cuando te confesé que te deseaba, entonces también cuando me negué a decirte todo lo que me gustaba de ti, por pudor más que por hacerte rabiar.

Estoy cerca ya del lugar donde ocurrió el accidente, el lugar donde unos asesinos nos empujaron a un barranco, y me tiemblan las manos.

Deberías dejar que nos adelante.

Tengo la frente bañada en sudor.

Frena, Adrian, te lo suplico.

Me pican los ojos.

No me lo puedo creer, estos tíos van a por nosotros.

¿Te has puesto el cinturón?

Tú contestaste que sí a esta pregunta que era más una súplica. El primer impacto nos proyectó hacia adelante. Cierro los ojos y vuelvo a ver tus dedos crispados sobre la puerta, la agarras con tanta fuerza que tus falanges están blancas. ¿Cuántas veces nos golpearon con sus parachoques antes de que las ruedas del 4 × 4 chocaran contra el parapeto, antes de que cayéramos al abismo?

Te besé mientras las aguas del río Amarillo nos sumergían, clavé mis ojos en los tuyos mientras nos ahogábamos, me quedé contigo hasta el último instante, amor mío.

Las curvas se suceden, en cada una pugno por dominar mis gestos, demasiado nerviosos, por controlar el coche, que no deja de dar bandazos. ¿Me he pasado la bifurcación donde un pequeño sendero lleva hasta el monasterio? Desde que emprendí este segundo viaje a China, ese lugar acapara todos mis pensamientos. No conozco a nadie en esta tierra extraña, tan sólo al lama que nos acogió entonces. ¿Quién sino él podrá proporcionarme alguna pista para encontrarte, quién sino él podrá darme alguna información que alimente mi escasa esperanza de que sigas con vida? Una foto tuya con una cicatriz en la frente es muy poca cosa, un trocito de papel que me saco del bolsillo mil veces al día. Reconozco a mi derecha la entrada del camino. He frenado demasiado tarde, el coche derrapa y tengo que dar marcha atrás.

Las ruedas del 4 × 4 se hunden en el barro otoñal. Ha llovido toda la noche. Aparco a la entrada del sotobosque y sigo a pie. Si mi memoria no me falla, cruzaré un vado y subiré la ladera de otra colina; una vez en lo alto, divisaré el tejado del monasterio.

He tardado una hora en llegar. En esta estación el caudal del arroyo es más abundante, y cruzarlo no ha sido fácil. Dos grandes piedras redondas y resbaladizas sobresalían apenas entre las aguas turbulentas. Si me hubieras visto en equilibrio en esa postura tan poco elegante imagino que te habrías burlado de mí.

Esa idea me da fuerzas para continuar.

La tierra enfangada se me pega a los zapatos, y, más que

avanzar, siento que retrocedo. Me cuesta mucho esfuerzo llegar hasta la cima de la colina. Empapado y cubierto de barro, debo de parecer un vagabundo, me pregunto qué acogida me brindarán los tres monjes que salen a mi encuentro.

Sin decir palabra, me indican con un gesto que los siga. Llegamos a la puerta del monasterio, y el que no ha dejado de comprobar todo el camino que no tratara de darles esquinazo me lleva hasta una pequeña habitación. Se parece a aquella en la que dormimos la primera vez. Me invita a sentarme, llena un cuenco con agua, se arrodilla delante de mí y me lava las manos, los pies y la cara. Luego me ofrece un pantalón de lino y una camisa limpia, y sale de la habitación; ya no lo veré más en todo el día.

Un poco más tarde, otro monje me trae algo de comer y extiende una estera en el suelo. Comprendo entonces que pasaré la noche en esta habitación.

El sol empieza a declinar ya, y cuando sus últimos fulgores desaparecen por la línea del horizonte, se presenta por fin el monje al que he venido a ver.

–No sé qué vuelve a traerlo por aquí, pero a menos que me anuncie su intención de hacer un retiro espiritual, le agradecería que se marchara mañana mismo. Ya hemos tenido bastantes problemas por su culpa.

–¿Ha tenido noticias de Keira, la joven que me acompañaba? ¿Ha vuelto a verla? –le pregunto, ansioso.

–Siento mucho lo que les ocurrió a ambos, pero si alguien le ha dado a entender que su amiga sobrevivió a ese terrible accidente, le ha mentido. No pretendo estar al corriente de todo lo que ocurre en la región, pero eso, créame, lo sabría.

–¡No fue un accidente! Nos dijo usted que su religión le prohíbe mentir, de modo que le reitero mi pregunta: ¿tiene usted la certeza de que Keira esté muerta?

—Es inútil que levante la voz en este lugar, no tendrá ningún efecto sobre mí, ni sobre mis discípulos tampoco. No tengo ninguna certeza, ¿cómo habría de tenerla? El río no devolvió el cuerpo de su amiga, eso es todo lo que sé. Pero dadas la velocidad de la corriente y la profundidad del río, no tiene nada de extraño. Discúlpeme si insisto en este tipo de detalles, imagino que le resultará difícil escucharlos, pero me ha preguntado, y yo le contesto.

—¿Y el coche, lo encontraron?

—Si de verdad le importa la respuesta, es una pregunta que tendrá que hacerles a las autoridades, aunque no se lo aconsejo en absoluto.

—¿Por qué?

—Le he dicho que hemos tenido problemas, pero no parece interesarle mucho ese hecho.

—¿Qué clase de problemas?

—¿Acaso cree que su accidente no tuvo consecuencias? La policía especial llevó a cabo una investigación. La desaparición de una ciudadana extranjera en territorio chino no es un hecho anodino. Y como a las autoridades no les gustan en absoluto nuestros monasterios, recibimos visitas de índole bastante desagradable. Nuestros monjes fueron objeto de interrogatorios en los que se empleó la fuerza. Reconocimos haberles hospedado, puesto que nos está prohibido mentir. Entenderá usted ahora que nuestros discípulos no vean su regreso con muy buenos ojos.

—Keira está viva, debe creerme y ayudarme.

—Es su corazón el que habla, comprendo su necesidad de aferrarse a esa esperanza, pero al negarse a afrontar la realidad no hace sino alargar un sufrimiento que lo carcomerá por dentro. Si su amiga hubiera sobrevivido, habría aparecido en algu-

na parte, y alguien nos lo habría dicho. En estas montañas se sabe todo. Mi temor, por desgracia, es que el río se la haya arrebatado y la tenga prisionera de sus aguas, lo cual me aflige sinceramente, créame que me uno a su pesar. Entiendo por qué ha emprendido este viaje, y siento tener que ser yo quien lo persuada de abandonar tan absurda esperanza. Es difícil pasar el duelo sin un cuerpo que enterrar, sin una tumba en la que recogerse, pero el alma de su amiga estará siempre con usted, y así seguirá mientras no deje de honrar su memoria.

–¡Ah, por favor, ahórreme esas patrañas! No creo ni en Dios ni en otra vida mejor que ésta.

–Es su más estricto derecho; pero para ser un hombre sin fe, acude muy a menudo a un monasterio.

–Si su Dios existiera, nada de todo esto habría ocurrido.

–Si me hubiera escuchado cuando le aconsejé que no emprendiera ese periplo por el monte Hua Shan, habría evitado el drama que hoy tanto lo aflige. Ya que no ha venido a hacer un retiro, es inútil que prolongue su estancia aquí. Descanse esta noche y mañana márchese. No lo echo, no obra en mi poder hacerlo, pero le agradecería que no abusara de nuestra hospitalidad.

–Si sobrevivió, ¿dónde podría estar?

–¡Vuelva a su casa!

El monje se retira.

Apenas he pegado ojo en toda la noche, no he parado de dar vueltas en la cabeza a toda esta historia, buscando una solución. Esta fotografía no puede mentir. Durante las diez horas de vuelo de Atenas a Pekín no he dejado de mirarla, y sigo haciéndolo ahora a la luz de una vela. Esta cicatriz en tu frente es una prueba que yo querría irrefutable. Como no puedo conciliar el sueño, me levanto sin ruido y descorro el panel de hojas

de arroz que hace las veces de puerta. Me guía una luz tenue, sigo un pasillo hasta una sala en la que duermen seis monjes. Uno de ellos debe de haber notado mi presencia pues se gira sobre su estera e inspira profundamente, pero por suerte no se despierta. Prosigo mi camino, pasando por encima, sin hacer ruido, de los cuerpos tendidos en el suelo, y desemboco en el patio del monasterio. Brillan en el cielo dos tercios de luna, hay un pozo en el centro del patio y me siento en el brocal.

Un ruido me hace dar un respingo, una mano me tapa la boca, ahogando toda protesta. Reconozco al lama con el que he hablado antes, me indica con un gesto que lo siga. Salimos del monasterio y avanzamos campo traviesa hasta el gran sauce, donde se vuelve por fin a mirarme.

Le enseño la fotografía de Keira.

–¿Cuándo entenderá usted que nos pone en peligro a todos, y a usted el primero? Tiene que marcharse, ya ha hecho bastante daño.

–¿Daño? ¿A qué se refiere?

–¿No me ha dicho que su accidente no lo fue en realidad? ¿Por qué cree que lo he llevado fuera del monasterio? Ya no puedo fiarme de nadie. Los que lo atacaron no fallarán una segunda vez si les ofrece la oportunidad. No es usted muy discreto, y temo que ya se hayan percatado de su presencia en la región; lo contrario sería un milagro. Sólo espero que le dé tiempo a regresar a Pekín y tomar un avión de vuelta a Europa.

–No iré a ninguna parte mientras no haya encontrado a Keira.

–Era antes cuando tenía usted que protegerla, ahora ya es demasiado tarde. No sé lo que usted y su amiga habrán descubierto, y no quiero saberlo, pero se lo suplico una vez más, ¡márchese!

–Deme una pista, por pequeña que sea, deme una pista que seguir y le prometo que me habré ido antes de que amanezca.

El monje me mira fijamente y no dice nada; se vuelve y avanza hacia el monasterio; yo lo sigo. De vuelta en el patio, en silencio, me acompaña hasta mi habitación.

Amanezco bien entrada la mañana; el desfase horario y el cansancio del viaje han podido conmigo. Debe de ser cerca de mediodía cuando el lama entra en la habitación con un cuenco de arroz y otro de caldo dispuestos sobre una bandeja de madera.

–Si me sorprendieran sirviéndole el desayuno en la cama, me acusarían de querer transformar este lugar de oración en un hotel –dice sonriendo–. Aquí tiene un tentempié antes de reemprender camino. Pues se marcha usted hoy, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Es inútil obstinarme, ya no obtendré nada más de él.

–Entonces, buen viaje –dice el lama antes de retirarse.

Al levantar el cuenco de caldo, descubro un trozo de papel doblado en cuatro. Instintivamente, lo oculto en la palma de mi mano y me lo guardo con disimulo en el bolsillo. Cuando termino de comer, me visto. Me muero de impaciencia por leer lo que me ha escrito el lama, pero dos discípulos aguardan ante mi puerta y me acompañan hasta la linde del bosque.

Antes de irse me entregan un paquete envuelto en papel de estraza y atado con un cordel. Una vez al volante de mi coche espero hasta que se alejen los monjes para desdoblar la nota y leer el texto que me ha entregado el lama.

Si renuncia a seguir mis consejos, debe saber que he oído comentar que, unas semanas después de su accidente, ingresó

un joven monje en el monasterio de Garther. Seguramente, esto no tendrá nada que ver con lo que busca, pero sepa que no es en absoluto frecuente que ese templo acoja nuevos discípulos. Ha llegado hasta mis oídos que éste en particular no parecía aceptar su retiro de muy buen grado. Nadie sabe decirme quién es. Si decide obstinarse y proseguir esta insensata búsqueda, diríjase a Chengdu. Una vez allí, le recomiendo que abandone su vehículo. La región hacia la que se encaminará acto seguido es muy pobre, y su 4 × 4 atraería una atención que más le valdría ahorrarse. En Chengdu, vístase con la ropa que le he mandado entregar, le ayudará a pasar inadvertido entre los habitantes del valle. Tome un autocar en dirección al monte Yala. No sé qué aconsejarle después, no le está permitida a los extranjeros la entrada en el monasterio de Garther, pero quién sabe, tal vez le sonría la suerte.

Sea prudente, no está usted solo en esta búsqueda. Y, sobre todo, queme esta nota.

Ochocientos kilómetros me separan de Chengdu, necesitaré nueve horas para llegar.

El mensaje del lama no me da muchas esperanzas, perfectamente podría haber escrito estas líneas sin más intención que alejarme de aquí, pero no lo creo capaz de tamaña crueldad. Cuántas veces me haré esta pregunta camino de Chengdu...

A mi izquierda, la cadena montañosa extiende sus aterradoras sombras sobre el valle polvoriento y gris. La carretera atraviesa la llanura de este a oeste. Ante mí, las chimeneas de dos altos hornos se imponen en mitad del paisaje.

Liuzhizhen, canteras a cielo abierto, un cielo oscuro que se cierne sobre parcelas de cultivos, campos de extracción mine-

ra, paisajes de infinita tristeza y vestigios de antiguas fábricas abandonadas.

Llueve, no ha dejado de llover, y los limpiaparabrisas apenas alcanzan a apartar el agua que resbala a chorros sobre el parabrisas delantero; el firme está resbaladizo. Cuando adelanto a un camión, los conductores me miran raro. No debe de haber muchos turistas circulando por esta región.

Ya llevo recorridos doscientos kilómetros, aún me quedan seis horas de viaje. Me gustaría llamar a Walter, pedirle que se reúna conmigo; la soledad me oprime, ya no la soporto. He perdido el egoísmo de mi juventud entre las aguas agitadas del río Amarillo. Echo un vistazo al retrovisor, mi rostro ha cambiado. Walter me diría que es el cansancio, pero sé que he dado un paso adelante y ya no hay vuelta atrás. Habría querido conocer antes a Keira, no haber perdido todos estos años creyendo que la felicidad estaba en lo que hacía, en mis logros profesionales. Pero la felicidad es algo más humilde: está en el otro.

Al cabo de la llanura se yergue ante mí una barrera de montañas. Un cartel escrito en caracteres occidentales indica que aún faltan 660 kilómetros para Chengdu. Un túnel, la autopista penetra en la roca, ya no puedo escuchar la radio, pero qué más da, no aguanto estas melodías de pop asiático. A lo largo de 250 kilómetros se extiende toda una sucesión de puentes tendidos sobre cañones. Pararé en una gasolinera en Guangyuan.

Tienen un café bastante decente.

Con una caja de galletas en el asiento del copiloto, reemprendo el camino.

Cada vez que me adentro en estrechos vallejos, descubro minúsculas aldeas. Son más de las ocho de la tarde cuando llego a Mianyang. En esta ciudad de las ciencias y la alta tec-

nología, la modernidad sorprende e impresiona. A orillas de un río se yerguen altas torres de vidrio y de acero. Anochece ya, y me pesa el cansancio. Debería parar para dormir y recuperar fuerzas. Estudio el mapa; una vez en Chengdu, me llevará varias horas llegar hasta el monasterio de Garther en autocar. Ni con la mejor voluntad llegaría antes de esta noche.

He encontrado un hotel. He dejado el coche allí, y ahora camino por el paseo de cemento que bordea el río. Ha dejado de llover. Algunos restaurantes dan de cenar a sus clientes en terrazas húmedas caldeadas con lámparas de gas.

La comida es demasiado grasienta para mi gusto. A lo lejos, un avión despega con un estruendo ensordecedor; se eleva por encima de la ciudad y vira hacia el sur. Probablemente, el último vuelo de la noche. ¿Dónde van sus pasajeros, sentados detrás de las ventanillas iluminadas? Londres e Hydra están tan lejos... Me da un bajón. Si Keira está viva, ¿por qué este silencio? ¿Por qué no da señales de vida? ¿Qué le ha ocurrido que justifique el que desaparezca de esta manera? Quizá el monje tenga razón, debo de estar loco para engañarme así. La falta de sueño exacerba el desánimo, y la oscuridad de la noche se añade a mi tristeza. Tengo las manos húmedas, esta humedad penetra mi cuerpo por completo. Me estremezco de calor y de frío a la vez; el camarero se me acerca y adivino que me pregunta si me encuentro bien. Querría contestarle pero no consigo articular una sola palabra. Sigo enjugándome la nuca con la servilleta, el sudor me cae a chorros por la espalda y la voz del camarero se me antoja cada vez más lejana; la luz de la terraza se torna más tenue, a mi alrededor todo da vueltas, y ya no recuerdo nada más.

El eclipse se disipa, poco a poco renace el día, oigo voces, ¿dos, tres? Me hablan en una lengua que no entiendo. Siento algo fresco en el rostro, tengo que abrir los ojos.

Los rasgos de una anciana. Me acaricia la mejilla, me da a entender que ya ha pasado lo peor. Me humedece los labios y susurra palabras que adivino tranquilizadoras.

Siento un hormigueo, la sangre vuelve a circular por mis venas. He sufrido un desmayo. El cansancio, alguna enfermedad que quizá esté incubando o algo que no debería haber comido, estoy demasiado débil para darle vueltas a la cabeza. Me han tendido sobre un sofá de moleskine en la sala interior del restaurante. Un hombre acompaña ahora a la anciana que me cuida, se trata de su marido. Él también me sonríe, su rostro tiene aún más arrugas que el de ella.

Intento hablarles, trato de darles las gracias.

El anciano me acerca una taza a los labios y me obliga a beber. El brebaje es amargo, pero la medicina china tiene virtudes insospechadas, así que no lo rechazo.

Esta pareja china se parece mucho a aquella otra con la que Keira y yo nos cruzamos un día en el parque de Yingshan, parecen gemelos, y esta impresión me tranquiliza.

Se me cierran los párpados, siento que me embarga el sueño.

Dormir, esperar hasta haber recuperado fuerzas, es lo mejor que puedo hacer, así que espero.

París

Ivory caminaba nervioso de un extremo a otro del salón de su casa. No tenía visos de ganar esa partida de ajedrez, y Vackeers acababa de mover el caballo, poniendo en peligro su reina. Se acercó a la ventana, apartó la cortina y contempló el *bateau-mouche* que bajaba por el Sena.

–¿Quiere que hablemos de ello? –preguntó Vackeers.

–¿Hablar de qué? –contestó Ivory.

–De lo que tanto lo preocupa.

–¿Parezco preocupado?

–Su manera de jugar lo da a entender, a menos que quiera dejarme ganar. En ese caso, la ostentación con la que me ofrece esta victoria resulta casi insultante, preferiría que me contara lo que lo tiene tan inquieto.

–Nada, no dormí mucho anoche. Y pensar que antes podía pasarme dos noches seguidas sin dormir... ¿Qué le hemos hecho a Dios para merecer tan cruel castigo como es envejecer?

–No es mi intención halagarnos pero, en lo que a ambos respecta, pienso que Dios se ha mostrado bastante clemente.

–No me lo tenga en cuenta, pero tal vez sería preferible poner fin a esta velada. De todas formas, en cuatro movimientos me habría ganado.

–¡En tres! Está usted, pues, más preocupado de lo que suponía, pero no quiero presionarlo. Soy su amigo, me contará lo que lo preocupa cuando le apetezca.

Vackeers se levantó y se dirigió al vestíbulo. Se puso la gabardina y se volvió. Ivory seguía mirando por la ventana.

–Regreso mañana a Amsterdam, venga a pasar unos días, el frescor de los canales tal vez lo ayude a combatir su insomnio. Será usted mi invitado.

–Creía que era mejor que no se nos viera juntos.

–El tema está zanjado, ya no hay razón para jugar a esos juegos tan complicados. Y deje de culparse de esa manera, no es usted responsable. Tendríamos que habernos figurado que sir Ashton actuaría por su cuenta. Siento tanto como usted que esta historia haya terminado así, pero no es culpa suya.

–Todo el mundo veía venir que sir Ashton intervendría tarde o temprano, y esta hipocresía les convenía a todos ustedes. Lo sabe tan bien como yo.

–Le prometo, Ivory, que si yo hubiera sospechado que recurriría a esos métodos tan expeditivos habría hecho lo que obrase en mi poder para impedírselo.

–¿Y qué obraba en su poder?

Vackeers miró fijamente a Ivory y luego bajó la mirada.

–Mi invitación a Amsterdam sigue en pie, venga cuando quiera. Una última cosa: prefiero que no tengamos en cuenta la partida de esta noche en nuestro registro de puntuaciones. Buenas noches, Ivory.

Ivory no contestó. Vackeers cerró la puerta del apartamento, entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Sus pasos resonaron sobre las baldosas del vestíbulo, tiró de la pesada puerta cochera y cruzó la calle.

Hacía una noche agradable, Vackeers tomó por el quai de

Orleans y se volvió para mirar la fachada del edificio; en la quinta planta, las luces del salón de Ivory acababan de apagarse. Se encogió de hombros y siguió su paseo. Cuando dobló la esquina de la calle Le Regrattier, dos rápidas ráfagas lo guiaron hacia un Citroën aparcado junto a la acera. Vackeers abrió la puerta y se acomodó en el asiento del copiloto. El conductor llevó la mano a la llave de contacto, pero Vackeers lo interrumpió.

–Esperemos un momento, si no le importa.

Los dos hombres guardaron silencio. El que estaba al volante se sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo, se llevó un cigarro a los labios y encendió una cerilla.

–¿Qué le interesa tanto como para que nos quedemos aquí?

–Esa cabina, la que tenemos delante.

–Pero ¿qué dice? No hay ninguna cabina por aquí.

–Haga el favor de apagar su cigarrillo.

–¿De repente le molesta el tabaco?

–El tabaco no, pero la punta incandescente de su cigarrillo, sí.

Un hombre avanzaba por el muelle y se acodó en el parapeto.

–¿Es Ivory? –preguntó el conductor de Vackeers.

–¡No, el papa!

–¿Habla solo?

–Habla por teléfono.

–¿Con quién?

–¿Usted es así de tonto o se lo hace? Si sale de su casa en plena noche para llamar desde la calle, seguramente lo hace para que nadie sepa con quién habla.

–Entonces ¿de qué sirve que nos quedemos aquí vigilándolo si no podemos escuchar su conversación?

–Me sirve a mí para comprobar una intuición.

–¿Y podemos irnos ya, ahora que la ha comprobado?

–No, lo que va a ocurrir a continuación también me interesa.

–Ah, ¿porque tiene usted una idea de lo que va a ocurrir a continuación?

–¡Cuánto habla usted, Lorenzo! En cuanto cuelgue, tirará la tarjeta de su móvil al Sena.

–¿Y piensa arrojarse al río para recuperarla?

–Mi pobre amigo, de verdad es usted tonto de capirote.

–¿Y si en lugar de insultarme me explica usted a qué estamos esperando?

–Ahora mismo lo descubrirá.

Londres

Sonó el teléfono en un pequeño apartamento de Old Brompton Road. Walter se levantó de la cama, se puso el batín y entró en el salón.

–¡Voy, voy! –gritó mientras se dirigía al velador donde estaba el aparato.

Reconoció en seguida la voz de su interlocutor.

–¿Nada todavía?

–No, señor, he llegado de Atenas esta tarde. Sólo lleva allí cuatro días, espero que pronto tengamos buenas noticias.

–Yo también lo espero, pero no puedo evitar estar preocupado, no he pegado ojo en toda la noche. Me siento impotente, y es algo que detesto.

–Para serle sincero, señor, yo tampoco he dormido mucho estos últimos días.

–Según usted, ¿está en peligro?

–Me dicen que no, que hay que tener paciencia, pero me duele verlo así. El diagnóstico es reservado, se ha salvado por muy poco.

–Quiero averiguar si hay alguien detrás de esto. Voy a investigar. ¿Cuándo regresa usted a Atenas?

–Mañana por la noche, pasado mañana como muy tarde si

no consigo zanjar todas las cosas que tengo pendientes en la Academia.

–Llámeme en cuanto llegue y, mientras tanto, trate de descansar un poco.

–Usted también, señor. Hasta mañana, espero.